

J. TOLENTINO MENDONÇA, *Padre nuestro que estás en la tierra*, Paulinas, Madrid 2012, 163 págs.

En la presentación que del libro hace Enzo Bianchi nos dice: «El autor capta en el Padre nuestro una luz para el ser humano en cuanto tal, una pista para el camino del hombre en cuanto hombre, incluso antes de sus creencias y de sus pertenencias confesionales». «Ningún guiño mundano en esa voluntad de dirigirse también a los no creyentes, sino la convicción de fe madura de que Jesús es 'maestro en humanidad', que lo humano es espejo de lo divino, que el hombre es imagen de Dios y que todo lo que es humano le atañe a Dios mismo» (pág. 7).

A partir de aquí el autor capta los deseos de universalidad del hombre en cuanto a la necesidad de pan y de perdón y no para un futuro extraterrenal, sino ya aquí en la tierra. «Es la sed la que detecta el agua» (Dickinson). Ésta indica el camino que con la lectura del libro se abre al lector: «ayudar a la reconstrucción de una gramática de lo humano» que lleve al encuentro con Dios, por medio de Jesús, a una relación filial en la fraternidad con Jesús y, en él, con cada hombre.

¿Cuál es la estructura del libro, el camino al que nos invita para encontrar a ese «Padre nuestro que estás en la tierra»? Catorce apartados o capítulos: El grito; ¿Dios está en París?; La difuminación del Padre; Un Padre que se vuelve nuestro; ¿Dónde estás?; Dar un nombre sin que se desvanezca lo indecible; Aprender a vivir con el deseo de Dios; Tratemos de vivir una nueva infancia; Nuestra vidas se alimentan de la vida compartida; Dios confía en nosotros; Una decisión unilateral del amor; La cuarta tentación; La herida es fecunda; Nos atrevemos a decir. Versiones del Padre nuestro.

En el recorrido que hace de la oración del Padre nuestro, el autor quiere que ésta no se quede en lo sublime del reino futuro, sino que ilumine el hacer diario de los hombres. Por eso va desgranado cada petición intentando hacernos caer en la cuenta de lo que cada una de ellas exige en nuestra tarea cotidiana de creyentes. Somos personas de este tiempo que han de encarnar la Palabra para nuestros contemporáneos.

No puede quedar como una oración dicha para los hombres de otro tiempo sino que ha de generar esperanza para los hombres de hoy, en medio de sus crisis y de sus dificultades concretas, esta Palabra ayuda al crecimiento y lleva al hombre a su plenitud.

Es original en el tratamiento de cada una de las peticiones de nuestra oración. Es una oración que lleva al amor, a la purificación del Mal. Librarnos del mal nos remite al último momento de la cruz en la que parece concretarse ese líbranos del mal. El silencio sigue a la petición de Jesús de que lo libre y al reto de los que lo escarnecen, si tanto lo quiere «que lo libre ahora» (Mt 27, 43). Es un «momento misterioso, enigmático, en el que la fe parece suspensa o vencida por un abismo de silencio. Sabemos que de la Cruz se pasa a la experiencia plena de la Pascua, tránsito a la Resurrección. Pero no podemos olvidar que Jesús nos inició a una confianza en el Padre, que es sobre todo un camino. El aprendizaje paciente de que nuestro corazón puede conjugar esperanzadamente aquello que tantas veces creemos irreconciliable: el grito y la plegaria» (pág. 156).

El Padre nuestro quiere ser así ese camino de descubrimiento del Padre, desde dentro, de la realidad del reino como un proceso dentro de nosotros y de la comunidad humana, del sentido del bien y el mal, con la dificultad de separarlos y distinguirlos, pues el mal nos atrae porque parece tener algo de bien. Más que una explicación teórica del Padre-nuestro es una forma de hacernos llevarlo a la vida, de que sea luz para nuestro camino.

Tiene además muchas ya acertadas citas de autores contemporáneos y del pasado, traídas muy acertadamente como aclaración de sus palabras. Con un estilo claro y directo el libro que presentamos puede ayudar a la oración personal, sobre todo, si ésta tiene presente la acción en medio de los hermanos. [ALONSO MORATA]

A. CENCINI, *No cuentan los números. Construir una cultura vocacional*, Paulinas, Madrid 2012, 117 págs.

Amedeo Cencini sigue fiel a su deseo de animarnos por un camino nuevo de pastoral vocacional. Como dice Nico dal Molin en el prefacio «ha encontrado el fil rouge» y, partiendo del hombre sin vocación de nuestro tiempo, tiene la «sana manía» de invitarnos contentamente a la vida como vocación. Para ello es preciso el crecimiento de una nueva cultura vocacional, único terreno propicio para que el sembrador haga crecer la buena semilla de la vocación.

El deseo de Nico «es que cada uno se sienta profundamente involucrado y proyectado hacia el propio... cambio personal, para un anuncio transparente del Evangelio de la vocación. Sería la revolución vocacional. Una revolución de la que habla el P. Amedeo en este texto. Y de la que en la Iglesia sentimos verdaderamente una gran necesidad».

¿Cómo desarrolla este propósito? Su referencia clara y principal es la Congreso Europeo de Vocaciones de 1997 y al documento de él emanado «In Verbo tuo». *Nuevas Vocaciones para una nueva Europa* que desarrolla con un esquema y estilo directo y sencillo: Una consideración sobre el significado de la cultura y de «hacer cultura» en general; precisar qué quiere decir cultura de la vocación, y descubrir –dentro de sus elementos constitutivos– el cometido no solo de la teología de la vocación, sino también de una espiritualidad vocacional y además de una pastoral de las vocaciones.

Partiendo del significado de cultura como «el modo y estilo de vida de toda una comunidad», su modo de interpretar la vida y de transmitirla, pasa a darnos el significado de cultura vocacional, pero profundizando en lo que significa de verdad cultura, para no arriesgarnos a construir la estructura vocacional sobre bases poco sólidas, siendo así ineficaces en nuestro anuncio y compromiso vocacional. Los componentes de la cultura son tres: mentalidad; sensibilidad, praxis (un componente intelectual, otro afectivo, otro conductual), situando la teología vocacional en el primero y parte en el segundo de estos elementos. Se trata de descubrir el cometido no sólo de la teología vocacional, sino de una espiritualidad vocacional y de una pastoral de las vocaciones.

Una cultura cristiana con base en una Nueva Evangelización que renueve el sentir mismo vocacional, con una concepción de la pastoral vocacional liberada de la nostalgia del pasado y mirando al futuro, con proyecto y trayectoria a seguir. Para ello es necesaria la «mentalidad vocacional». Dios-que-llama y llama porque ama, llama a la vida y el hombre siente que en la obediencia a Dios está la plenitud de su vida, porque la respuesta a la vocación es el punto de encuentro entre Dios y el hombre. La vida es vocación. También se creará una nueva sensibilidad vocacional, concretando la mentalidad en una implicación de la persona en ese valor que cada uno experimenta que es importante y central para él y ello llevará a una praxis, a una renovada pedagogía de las vocaciones. El punto de partida lo señala ese texto de *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*: «la vida es un bien recibido que tiende, por naturaleza, a convertirse en bien donado». Ello lleva a los siguientes dinamismos vocacionales: Sembrar; Acompañar; Educar; Formar y Discernir.